

cia cierta debido a la absoluta falta de comprensión con que fue interpretada por Antonio Passy, como director, David Antón, como escenógrafo, y los actores dirigidos y vestidos por ellos. Passy y Antón confundieron la deformación intencional del texto con la caricatura; la libertad con la improvisación total, el libertinaje. La dirección parece obra más que de un director consciente, de uno de los personajes incoherentes y balbucientes del autor; no obedecen a ningún orden determinado, carece por completo de intención unitaria y recurre siempre a los gestos y actitudes más baratos y desprestigiados para, equivocadamente, subrayar las frases del diálogo; la obra, al contrario, exigía precisamente un orden absoluto, una intención clara y tan coherente, aun dentro del aparente absurdo, como

lo es ella, y sobre todo, la invención de gestos nuevos, no deformados ni vulgarizados por el uso continuo que permitirían que se hiciera evidente sobre la escena el propósito que encierra la deformación del lenguaje.

La escenografía cae en los mismos errores; no expresa el absurdo: es absurda. Está realizada mediante una mezcla caricaturesca unas veces, grotesca otras, de distintos elementos sin ninguna calidad expresiva y empleados, además, sin ningún orden.

Nada puede reprochársele a los actores cuando han sido tan equivocadamente dirigidos; pero sí cabe sugerirle a Antonio Passy, excelente actor, que proteja sus intereses renunciando a la personalidad de Passy director.

cial en la era de violencia—, Gorostiza, Alamán, Quintana Roo, la Güera Rodríguez, el Conde de la Cortina. La traducción y el espléndido prólogo de Felipe Teixidor hacen esta edición definitiva.

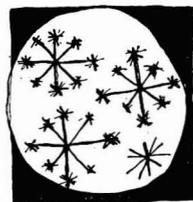
J. E. P.



MIGUEL LEÓN-PORTILLA, *Tres formas del pensamiento náhuatl*. UNAM. México, 1959, 32 pp.

Este breve volumen (más valioso por lo que sugiere que por lo que expone) ofrece una muestra de la riqueza del pensamiento náhuatl (entre los siglos xv y xvi), que indudablemente estaba influido, en su mayor parte, por los místicos pensadores toltecas. Los nahuas como pueblo guerrero necesitaban una justificación y un estímulo para su política expansiva, y supieron encontrarlo creando un dios sanguinario: Huitzilopochtli; pero al lado de esta "visión místico-guerrera del universo", existió una "concepción del mundo a base de números", que, aunque teñida de carácter místico, computaba el tiempo y medía el espacio con asombrosa precisión científica. Otro grupo de sabios, renovando la teología y la filosofía de los toltecas, sostenía que la raíz de la verdad estaba en la poesía ("visión estética del universo"), y que el artista era "un corazón endiosado", es decir un visionario que poseía la verdad.

C. V.



J. IGNACIO RUBIO MAÑE, *Introducción al estudio de los virreyes de Nueva España*. UNAM. México, 1959, 340 pp.

Describe el esfuerzo de la política virreinal por extender y defender los límites geográficos de la Nueva España.

La amplitud del período tratado (1535-1746) obliga a acumular un gran número de materiales; sin embargo el autor realiza su tarea con aplicación. De la obligada rebusca en las fuentes documentales obtiene una gran cantidad de datos difíciles de manejar; pero los sistematiza de manera bastante satisfactoria. La amplia bibliografía consultada refuerza la solidez de la exposición. Sin embargo el autor no aventura síntesis o interpretaciones a la ligera, y sólo se atreve a hacerlas cuando tiene una absoluta certeza, y sus opiniones se refieren siempre a hechos concretos.

Al final, lo único que echamos de menos es la falta de una recapitulación del texto, que, por ser tan extenso y tratar tan variados episodios, sin ésta se queda la obra un poco en el aire.

C. V.

LIBROS

MIGUEL DE MONTAIGNE, *Ensayos escogidos*. Nuestros Clásicos. UNAM. México, 1959, 346 pp.

La inclusión de esta buena selección de los ensayos de Montaigne para la ya prestigiada colección *Nuestros Clásicos*, sin lugar a dudas una de las más útiles e interesantes de la industria editorial mexicana, es un nuevo acierto. Las cachazudas divagaciones del señor Montaigne, tan caseras y universales, tan pobladas de ecos y rumores sugestivos resultan siempre la más efectiva invitación al equilibrio.

El prólogo de Juan José Arreola nos hace pensar en los apuntes preliminares de un novelista que acumulara datos para una obra futura cuidando, ya, el estilo. Montaigne, como personaje, emerge sólidamente de él.

J. O.



LUIS SPOTA, *La sangre enemiga*. Letras Mexicanas. Fondo de Cultura Económica. México, 1959, 323 pp.

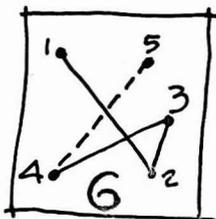
Si en *Las horas violentas*, su penúltima novela, el extraño estilo de Spota, tan singularmente parecido al que parecen tener algunos buenos autores en las traducciones deficientes, era puesto al servicio de una trama que al menos permitía conocer el espíritu reaccionario del autor ante las huelgas, en *La sangre enemiga*, este mismo estilo, pobremente enriquecido, se pone al servicio de una serie de personajes tarados o monstruosos física y moralmente, que dan pie a una interminable sucesión de escenas igualmente monstruosas, pero carentes de cualquier explicación que las haga trascendentes.

A pesar de la evidente habilidad con que el autor construye sus obras, creemos que la actitud del novelista ante la vida y el lenguaje empleado para intentar expresarla debe ser otra.

J. O.

MADAME CALDERÓN DE LA BARCA, *La vida en México (durante una residencia de dos años en ese país)*. Traducción y prólogo de Felipe Teixidor. Editorial Porrúa. México, 1959. LXXIV — 601 pp.

Escocesa, de formación norteamericana, casada con Ángel Calderón de la Barca, primer diplomático español en el México recién independizado, Francis Erskine Inglis dejó sus impresiones sobre México en cincuenta y cuatro cartas que integraron un libro, publicado en 1843, con prólogo de Guillermo M. Prescott. Obra clásica en la literatura de viajes, la amenidad es el tono de sus páginas. Sus observaciones, escritas con la misma actitud de otros ingleses, semejan las que un siglo después escribirían Aldous Huxley, Graham Greene, David Herbert Lawrence y Malcolm Lowrie. La Marquesa llegó a México en 1838, demorando su estancia hasta el 41. Coincidió su visita con la pugna entre federalistas y centralistas, y en poco tiempo pudo asistir a uno de los frecuentes *cuartelazos* contra el gobierno de Bustamante. Emparentada con las litografías de Linati, esta obra es un involuntario y franco testimonio social, una enfática narración de los albores nacionales. Francis Erskine recorrió numerosas ciudades, pero sus mejores descripciones tienen por fuente la capital, sus costumbres y sus habitantes, desde su peculiar aristocracia hasta la ínfima casta de los *léperos*. Las cartas incurrir muchas veces en la banalidad, en la minucia: modas, joyas, comidas, servidumbre.



Otros textos se vuelcan sobre los aspectos exóticos: bandoleros, culto a la muerte, corridas de toros, haciendas feudales, contiendas de gallos, o se asombran ante los ritos que exageraba el catolicismo mexicano. El mayor interés se muestra en los retratos de Santa Anna —figura prin-